

Las aventuras de Kenko

Lola González



 quirónsalud



Una idea no es exclusivamente de su autor, también pertenece a las personas que creen en ella, la apoyan y luchan porque cobre vida. Para Leticia Moral y Laura Mateos.

Lola González Sánchez

Agradecimientos

A Juan Carlos González, Teresa Álvarez, Mercedes Perujo y Macarena Iglesias.

La obra "Las Aventuras de Kenko" y los personajes de sus ilustraciones se encuentran protegidos por los correspondientes Registros de Propiedad Intelectual y Diseño Industrial.

Prólogo

Los niños son unos pacientes muy especiales. Cuando acuden al "médico" muchos se preocupan, tienen miedo y se sienten vulnerables. Algunos tienen que convivir con una enfermedad crónica, enfrentarse a alguna patología grave o incluso pasar largas estancias en el hospital. Afrontar la experiencia de dolor, malestar, de no entender "qué me pasa", para un adulto es difícil, pero para un niño es algo realmente complicado e incomprensible.

En Quirónsalud somos muy conscientes de ello, por eso, hemos centrado nuestros esfuerzos en transformar la experiencia de nuestro paciente pediátrico y de sus familiares creando el proyecto pediátrico Kenko.

Este proyecto nace con el objetivo de acompañar y apoyar a niños, padres y familias en aquellos momentos relacionados con el cuidado de la salud de los más pequeños, tanto dentro del ámbito hospitalario, como en su día a día. Una conexión con la que buscamos hacer más cercana y humana la relación paciente-hospital.

Y como lo más importante son los niños, será una niña la que nos ayude a dar forma a esta nueva experiencia. Se llama Kenko (su nombre significa salud en japonés), tiene 8 años y es la protagonista de la historia que tienes en tus manos.

La pequeña Kenko, a través de sus emocionantes aventuras y junto a un montón de divertidos personajes, mostrará a los más pequeños lo importante que es cuidar la salud, alimentarse bien, hacer deporte y crecer dando importancia a valores como la amistad, el amor, la responsabilidad, el trabajo en equipo, la comprensión o el cuidado del medio ambiente.

Además de en este cuento, Kenko estará presente en nuestros hospitales acompañando a los niños durante sus visitas al centro. También estará apoyando a las familias ofreciéndoles información y consejos centrados en cada fase del desarrollo del niño de 0 a 18 años, a través de la web www.quironsalud.es/pediatria/kenko. Te animo a visitarla, porque también encontraréis, junto a las aventuras de Kenko, multitud de juegos, pasatiempos, láminas para colorear y muchas cosas más para que los pequeños puedan interactuar y divertirse.

Como ves, querido lector/a, nuestro reto es convertir la experiencia hospitalaria en algo más amable y agradable para nuestros pacientes pediátricos y en acompañar a los padres en el cuidado de sus hijos. Pero esto nunca sería posible sin la valiosa labor que realiza el gran equipo humano que hay detrás de cada servicio de pediatría de nuestros centros. Personal médico y de enfermería, auxiliares, celadores, administrativos, atención al paciente... Grandes profesionales que dan lo mejor de sí mismos todos los días para que cada niño se sienta cuidado, seguro, respetado y querido.

Espero sinceramente que disfrutes de la lectura.

Héctor Ciria

CEO del Grupo Quirónsalud



1. El Crope

Kenko, con tan solo ocho años, poseía una energía y vitalidad fuera de lo normal. ¡Era imposible verla quieta! Todo lo que fuera centrarse o estar pendiente de algo o de alguien no iba con ella. Sorprendía lo rápido que se cansaba de sus juguetes y lo poco que los cuidaba. Su hermano mayor, Sagli, le llamaba “*Terminator*” por cómo rompía todo aquello que caía en sus manos. Era una niña feliz y despreocupada, y tenía una gran debilidad: su pasión por los animales.

Sus padres alguna vez habían pensado en regalarle una mascota para intentar que aprendiera a ser responsable, pero enseguida abandonaban la idea ya que no confiaban en que Kenko pudiera cuidar adecuadamente de ningún animal. Y ese carácter tan despreocupado e indiferente de Kenko realmente les preocupaba mucho.

- Sí, es verdad, aún es muy pequeña, pero es que no se hace responsable ni de sus cosas, ni de los deberes, ni de nada –comentaba su madre.
- Cierto –admitía su padre–, hasta en el colegio nos han informado sobre su falta de interés.
- Es ahora cuando debería aprender y formar su carácter, luego será demasiado tarde –afirmó su madre.

Un fresco día de primavera, el padre de Kenko descubrió por casualidad una vieja juguetería en el centro de la ciudad. La verdad es que parecía muy destartalada y polvorienta, pero tenía el escaparate lleno de móviles de papel con formas de animales y eso le llamó mucho la atención.

Las figuras colgaban divertidas por todas partes sin ningún tipo de orden y esa imagen alegre, desordenada y caótica le recordó tanto a su hija Kenko que, sonriendo para sí, decidió entrar.

Cuando dejó atrás la puerta de entrada de la tienda su percepción cambió. Había mucho polvo por todas partes, pero desde cada rincón emergían halos de luz que lo envolvían todo de forma misteriosa. Sorprendentemente, en la estancia olía a fresco y limpio. Intrigado, siguió avanzando lentamente por el pasillo y, de repente, desde el fondo del amplio espacio, emergió una voz sonora, algo gritona.

–Buenas tardes caballero, ¿en qué puedo ayudarle? –dijo una anciana muy pizpireta que le observaba tras unas grandes gafas de miope.

–La verdad es que solo estaba mirando –dijo tímidamente el padre de Kenko.

–Bueno, por mirar de momento no cobro, pero igual con tanta crisis y con tanto curioso me lo pienso.

Y se dio media vuelta mientras sonreía.

El padre de Kenko se sintió un poco intimidado por aquella buena mujer que tenía algo extraño en su mirada, pero su intriga era tan grande que decidió seguir avanzando para ver el resto de esa curiosa tienda.

A medida que iba adentrándose se dio cuenta de que todo estaba lleno de curiosos objetos que parecían juguetes, y que multitud de animales, de todas las formas y colores, decoraban la sala. Mientras observaba, no dejaba de imaginar cómo brillarían de emoción los grandes ojos marrones de su hija en aquel lugar.



Seguía escudriñando cada rincón cuando de pronto su mirada se posó en un objeto muy peculiar que se encontraba en lo alto de una estantería. Era una esfera de unos quince centímetros de diámetro, rodeada en su centro por un aro metálico que descansaba sobre dos soportes, también de metal. Al fijarse pudo apreciar que dentro había movimiento, pero no conseguía verlo bien. Con gran curiosidad, el padre de Kenko se puso de puntillas y estiró su brazo para alcanzar la esfera, pero estaba demasiado alta. Así que, sin darse por vencido, decidió pedir ayuda.

–¡Señora! –dijo casi gritando y sobresaltado por la emoción del descubrimiento.

–Diga –añadió la anciana que como por arte de magia apareció a un paso de él.

–¡Uy, qué susto! –se sobresaltó el padre de Kenko al ver cómo aquella misteriosa mujer había salido como de la nada justo detrás de él–.

Mire, me gusta esa bola de cristal, ¿podría bajarla para poder verla mejor, por favor?

–¿Bola de cristal? No es una bola de cristal. ¡Es un Croke! –dijo ofendida.

–¿Un Croke? ¿qué es eso?

La anciana se acercó decidida hasta el padre de Kenko y mirándole fijamente con sus arrugados ojos azules le espetó:

–¿Pero de dónde ha salido usted?



La mujer parecía realmente molesta con la ignorancia de su interlocutor y cuando el padre de Kenko vio cómo se alejaba enfadada, pensó que no volvería. Sin embargo, la anciana cogió una escalera de madera que tenía en un rincón, la colocó frente a la estantería y subió ágilmente sus peldaños para alcanzar el misterioso objeto ubicado en lo alto. Según descendía con él, el padre de Kenko pudo apreciar en detalle lo que tanto le había intrigado. Dentro de la esfera había multitud de animales diminutos organizados según sus hábitats. Maravillado, el hombre pudo ver unas jirafas en la sabana, unas divertidas ardillas en un bosque, unos pingüinos en el Polo Sur, ballenas saltando en el océano y tucanes volando por la selva. Aquello era realmente increíble, espectacular, maravilloso. Y lo más inquietante es que parecían animales de verdad.

–Pe... pero... ¿parecen reales? –dijo sorprendido el padre de Kenko.

–¡Ja, ja, ja! –las estruendosas carcajadas de la anciana resonaron por toda la estancia–. ¡Qué cosas dice! ¿Cómo van a ser reales?

¿Acaso tengo pinta de maga? No sea fantasioso, que ya no tiene edad. Parece mentira que con lo joven que es usted no esté al tanto de las nuevas tecnologías. Son solo hologramas, imágenes en alta resolución, como las que vemos del Ronaldo ese por la tele.

¡Cachis! Si hasta parece que se le puede tocar y todo, ja, ja, ja.

El padre de Kenko, frunciendo el ceño y cansado ya de tanta risita a su costa, preguntó a la anciana:

–Bueno, ¿me va a explicar ya qué es un Croke, por favor?



–Sí señor, sí. No sea impaciente. Un Croke es un objeto muy especial diseñado para practicar la atención y la responsabilidad. Nos ayuda a ser conscientes de que hay seres que dependen de nosotros y que nuestros actos tienen consecuencias.

–¿Y cómo funciona?

–¡Es muy fácil! Se deja sobre una mesa o escritorio. La esfera está programada con el mismo ciclo de la Tierra pero no se mueve igual, por eso al pasar veinticuatro horas se descompensa. En ese momento, la persona que sea el guardián del Croke debe volver a compensar la esfera moviéndola con sus manos, hasta que los ejes de la misma vuelvan a estar horizontales. Pero esto debe hacerse siempre cada día a las ocho de la tarde, ni un minuto antes, ni un minuto después, sino las consecuencias pueden ser fatales.

–¿Por qué? ¿Qué pasa si no se hace?

–¡Algo terrible! Si la esfera se descompensa y pierde su ritmo, algunos de los animales que hay en ella quedarían en un plano diferente y su holograma desaparecería. Pero eso no es lo peor, sino que ese holograma pasaría a ser real y aparecería en nuestro mundo para reunirse junto a otros animales de su misma especie.

–¿Me toma el pelo?

–¿Le parece a usted que tengo pinta de bromear? –dijo enfadada la anciana.

–Los hologramas con vida propia son cosa de películas –añadió el hombre–. Y suponiendo que eso fuera verdad, que no lo creo, ¿qué pasaría si eso sucediera?



–¡Una catástrofe! Existen unas criaturas que viven de los hologramas, y si estos saliesen de la esfera, saldrían de su mundo para ir a por ellos y raptarlos. Pero no solo a los hologramas, también raptarían a los animales reales de esa misma especie. Algunas especies desaparecerían. ¡El mundo perdería su equilibrio!

Llegados a este punto el padre de Kenko estaba seguro de que, o bien le estaba tomando el pelo y quería sacar un buen dinero por aquel artilugio, o bien la señora en cuestión estaba como una regadera. Pero siguió preguntando, la historia prometía.

–Y dígame usted, ¿quiénes son tan malévolas criaturas?

–¿Quiénes van a ser? ¡Pues los Viras! Siempre están buscando debilitar a los pobres hologramas.

El padre de Kenko no creía una palabra de lo que la anciana decía, estaba claro que era una gran embaucadora. No dudaba de que el fin del Croke fuera promover la atención y hasta era posible que fuera necesario compensar la esfera, sin embargo, lo de la fuga de los hologramas y todo aquello sobre malévolas criaturas, estaba claro que era un premeditado cuento chino para sacar más dinero. Pero aquel artilugio le había encantado y estaba seguro de que sería un regalo muy educativo para Kenko.

–Me interesa mucho este Croke, ¿cuánto cuesta?

–Lo siento, no está en venta.

–No lo entiendo, ¿para qué lo tiene expuesto si no piensa venderlo?

–La tienda es mía y vendo lo que quiero –sentenció la anciana algo enfurruñada–. Además, ¿para qué lo quiere?

–Para mi hija.

–Esto no es un juguete.

–Y ¿qué es?

–Señor, parece que escucha pero no lo hace. Un Croke nos ayuda, nos enseña. Solo las personas que lo necesitan verdaderamente pueden merecerlo.

–Pues yo le aseguro que mi hija lo necesita –replicó el padre de Kenko–. Estamos muy preocupados por la actitud de Kenko. Es una niña alegre y divertida, pero vive demasiado ajena a lo que le rodea. Debe aprender a ocuparse de los demás y también de sí misma, y creo que este objeto puede ayudarle a ser más responsable. Además, Kenko adora los animales. Estoy segura de que cuidar de sus hologramas, para ella será una misión fascinante.

Aquellas palabras y la sinceridad y amor que había en los ojos de aquel hombre conmovieron a la anciana. Así que tomando aire profundamente y con un lento movimiento extendió la mano y le ofreció el Croke.

–Está bien, veo que su hija lo necesita realmente. Se lo presto. Pero sepa que educar con un Croke tiene sus riesgos.

–¿Qué riesgos?

–¡Ni idea! Ja, ja, ja, ¡no tengo hijos! Tome, tome, cójalo antes de que me arrepienta. Le tengo mucho cariño.



El hombre salió de la tienda tan desconcertado como había entrado, pero se fue contento con aquel objeto extraño y desconocido.

Sagli, el hermano mayor de Kenko, tenía quince años y era un chico muy responsable. Sentía auténtica debilidad por su hermana y un gran instinto de protección hacia ella.

Aquella tarde, Sagli estaba en su cuarto tratando de estudiar. Era una tarea difícil pues Kenko había decidido desmontar uno de sus juguetes y llevaba un buen rato dando porrazos tratando de desencajar sus piezas. Ya se estaba imaginando la bronca que le iba a caer a su hermana cuando su padre llegara y viera el desastre de cuarto que había dejado.

Sagli escuchó que su padre abría la puerta de casa y subía las escaleras, así que abrió la puerta de su habitación dejándola entornada para salir en defensa de Kenko si la cosa se ponía fea. Estuvo atento durante un buen rato sin escuchar nada. Y de pronto, la voz alegre de su hermana le extrañó. Estaba demasiado contenta como para haber tenido que soportar cualquier regañina.

De repente, un golpazo en su puerta le sobresaltó. Kenko apareció como un torbellino dando saltos, sujetando en su mano lo que parecía un objeto de cristal no apto para tanto movimiento. En cuanto su hermana cesó de demostrar su alegría por el regalo que portaba, su padre apareció para explicar qué era aquel extraordinario juguete con el que pensaba lograr que Kenko fuera una chica responsable de forma definitiva.

Sagli escuchó a su padre contar el relato del Croke y cómo le repetía una y otra vez a Kenko la importancia de girar la esfera cada día. Con gran escepticismo felicitó a ambos por el hallazgo invitándoles amablemente a salir de su habitación para dejarle seguir estudiando.



Kenko no salía de su asombro mientras observaba el Croke en su mano. Era una maravilla. Lo dejó suavemente sobre la mesita de noche mientras sonreía fascinada observando aquellos diminutos animales. Le costaba creer que no fueran reales. Su enorme fantasía le decía que sí, que eran animales de verdad y que su misión en la vida era cuidarlos. Y así, durante toda la tarde del sábado y casi todo el domingo, se centró en ellos. Eran muchos pero ya había conseguido distinguir a un par de jirafas y ponerles nombre; también le había puesto nombre a un tucán, pero con lo que estaba realmente ensimismada era con los pingüinos. Le encantaba ver cómo se movían y lo tiernos que resultaban. Aún no les había puesto nombre porque le costaba mucho distinguirlos, pero sin duda eran sus favoritos.

Llegada la hora indicada, las ocho de la tarde, Kenko hizo un giro leve en la esfera hasta juntar los ejes, tal y como le había indicado su padre, y el Croke continuó con su armonía habitual.

La niña pasó una semana increíble. Le había contado a todo el colegio que tenía un nuevo juguete y que era realmente especial. Cada día regresaba a casa entusiasmada y deseosa de volver a mirar la esfera. Kenko estaba tan motivada con su nueva responsabilidad que también cumplía con el resto de sus obligaciones. Si era capaz de cuidar a todos esos animales, el hecho de ordenar su cuarto y hacer los deberes estaba chupado. Los padres de Kenko no salían de su asombro y regocijo al ver cómo aquel pequeño objeto había cambiado sus vidas.

Pero pasadas varias semanas, el interés de Kenko hacia el Croke empezó a decaer. Los animales eran increíbles pero siempre hacían lo mismo, así que una tarde de sábado, cuando sus padres les dejaron solos para ir al cine, pasó lo inevitable: Kenko olvidó girar el Croke.

–Sagli, ¿qué hora es? –preguntó Kenko mientras veía junto a su hermano una serie de humor en la tele.

–Las ocho pasadas.

Kenko lanzó un pequeño alarido y en seguida se levantó y comenzó a subir las escaleras de dos en dos hacia su cuarto. Entró en su habitación de prisa para intentar solucionar su olvido, pero en seguida se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Del Crope salía un tubo de luz tan intenso que la niña tuvo que taparse los ojos. Sagli, que había seguido a su hermana, intentó protegerla rodeándola con sus brazos. En ese momento, unos pingüinos empezaron a salir del Crope a través del tubo de luz; desfilaban uno tras otro, como si de una proyección cinematográfica se tratara.



Sagli dio un respingo y consiguió mover el Crope hasta dejarlo en su posición. El haz de luz desapareció sobre sí mismo volviendo al Crope. Rápidamente los dos hermanos se apresuraron a revisar el estado de la esfera, comprobando con espanto que los pingüinos ya no estaban. Ambos se miraron atónitos sin saber qué decir.



–¿No te habrás creído el rollo ese de papá de los hologramas y todo eso, verdad? –dijo Sagli.

–¡Tú lo has visto! –dijo Kenko alterada–, ¡has visto cómo se iban los pingüinos!

–¿Y qué? Eso no significa que se vayan de excursión al Polo Sur y que unas criaturas los persigan y acaben con la especie. Recuerda que papá tampoco le dio mucha importancia a las palabras de aquella anciana, más bien dijo que le parecía una broma. Lo único que ha pasado es que te has quedado sin pingüinos y como sigas así de descuidada lo único que vas a conseguir es quedarte sin ningún animal. Anda, vamos a seguir con la serie que nos habremos perdido lo mejor.

Ambos bajaron las escaleras hasta el salón, Sagli totalmente despreocupado y Kenko entristecida por el acontecimiento.

Eran casi las nueve cuando Sagli quiso poner un momento las noticias para ver los deportes y saber el resultado de un partido de fútbol. Al conectar el informativo, una imagen del Polo Sur apareció en primer plano como noticia de última hora.

–Una repentina y extraña luz opaca cubre en estos momentos el cielo del Polo Sur. Los científicos están intentando averiguar qué está sucediendo ya que al parecer se descarta que este extraño acontecimiento esté causado por algún fenómeno meteorológico –comentó la corresponsal.

–¡Ahora qué! –gritó Kenko–. ¿La hemos liado o no la hemos liado?

- La habrás liado tú en todo caso. Pero seguro que es casualidad.
- ¿Y si no lo es? ¿Y si hemos acabado con todos los pingüinos del mundo? ¿Y si la anciana es una hechicera y nos hemos quedado atrapados en un hechizo?
- Anda, déjame pensar que me estás poniendo nervioso.

Sagli le daba vueltas a la cabeza y no dejaba de repetirse a sí mismo que era imposible, pero no podía negar lo que sus ojos habían visto en aquella habitación y lo que ahora salía por la televisión.

El mejor amigo de Sagli era Tove, un forofo de la informática. Sus padres siempre estaban muy ocupados y viajaban mucho por trabajo. Por ese motivo casi siempre estaba con cuidadoras a las que hacía poco caso. Sagli no dudó en llamarle. Si alguien podía creer esa estúpida historia, ese era Tove. A la media hora, el muchacho apareció en casa de los dos hermanos con su portátil en mano, dispuesto a ayudar en lo que fuera.

- ¡Tíooo, qué pasada!, ¡estoy flipando! -dijo Tove asomando las narices por la puerta-. Me lo has contado y pensaba que me estabas tomando el pelo, pero ¡sale en todas las noticias!
- Bueno sí... no es para estar orgulloso. ¿Se te ocurre qué podemos hacer? La anciana dijo que se debía acudir con el Crope al lugar donde estuvieran los hologramas para que pudieran regresar a él.
- ¡Pues no se hable más! Llevo años ahorrando para una buena causa y qué mejor que esta, je, je, je. ¿A dónde vamos?



–¡Madre mía y yo qué sé! –dijo Sagli suspirando sin saber qué hacer–.
Kenko, ¿sabes qué tipo de pingüinos eran? Igual así podemos saber
dónde viven.
–Sí, eran pingüinos emperadores, esos grandotes, creo...

Los tres comprobaron rápidamente en Internet que dichos pingüinos solo se encuentran en la Antártida. Ahora debían pensar cómo viajar hasta allí. Estaban de suerte, pues esa misma semana se iban a esquiar a Andorra con el colegio y tendrían que tomar un vuelo hasta Toulouse, de forma que aprovecharían ese momento para coger otro avión que les pudiera llevar cerca de los pingüinos.

Así que sin pensarlo dos veces, y haciendo uso de los ahorros de Tove, sacaron tres billetes para el aeropuerto de Río Grande en Tierra del Fuego, Argentina. Allí les esperaba una avioneta privada para trasladarles a la Antártida.

Cogieron la ropa de esquiar y camuflaron lo imprescindible para su viaje en busca de los hologramas fugados. Una vez en el aeropuerto consiguieron embarcar en otro vuelo distinto al de sus compañeros de colegio para, después de varias escalas, llegar al aeropuerto de Río Grande. Allí localizaron la avioneta y a su peculiar conductor, un chino con acento argentino, que les pidió el importe del viaje por adelantado sin pedir explicaciones sobre si eran demasiado jóvenes para irse solos a la Antártida. Y justo cuando todo parecía ir bien surgió el primer problema.

–Oye tú, chavo, ¿qué coordenadas tiene el lugar donde queréis ir?

Los tres niños se miraron con los ojos como platos. No tenían ni idea.

–¿Es muy grande la Antártida? –se atrevió a preguntar Kenko.





Unas risotadas estruendosas salieron de la garganta de aquel sujeto.

La niña, un poco contrariada por aquellas carcajadas y en busca de consuelo, sacó el Crope de su mochila. Algo había cambiado en él. La zona de hielo –donde antes estaban los pingüinos–, había dejado de tener la niebla gris y se podía ver con claridad el paisaje. Pero ya no estaba en la parte inferior de la esfera, ahora estaba arriba y a la izquierda. Sagli, que también se había dado cuenta de la transformación, tuvo una idea: quizás aquello era una especie de brújula que les indicaría el lugar.

Sin fiarse en absoluto de las explicaciones de los niños, y confiando en regresar pronto a base en cuanto aquellos ilusos se dieran cuenta de lo tonto de su plan, el piloto cogió el rumbo de la posición que la Antártida tenía en el Crope. Pero estaba totalmente equivocado. Aquel artilugio les dirigió directos a la colonia de pingüinos emperadores.

Sin perder un minuto la avioneta aterrizó en un lugar donde no se avistaba ningún pingüino, para no causar revuelo entre los animales. El piloto se comprometió a esperarles dos horas, ni un minuto más. Decisión que no tuvo más remedio que aceptar ya que los niños tuvieron la cautela de solo pagarle la mitad del pasaje.

Los intrépidos viajeros rápidamente se colocaron unos crampones para poder caminar por el hielo, tal y como habían visto en un vídeo de YouTube.

Cuando llegaron cerca de la población de pingüinos se quedaron totalmente horrorizados. Era la época en la cual las hembras acababan de poner los huevos. Después, debían dárselos a los machos e irse durante tres meses a altar mar para reponer fuerzas tras la gestación. Pero la situación no era tal.

Había huevos, sí, pero un grupo de pingüinos voladores se los estaban lanzando unos a otros como si estuvieran jugando al rugby, mientras las madres y padres

corrían torpemente de un lado para otro tratando de protegerlos. Estaba claro, aquellos pingüinos voladores no eran reales, eran los hologramas.

Sagli corrió por el hielo dirigiéndose hacia ellos con toda la destreza que pudo.

–¡Alto, parad! –gritó el muchacho, mientras hacía gestos con las manos. Kenko y Tove le seguían.

–¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer? –dijo uno de los hologramas.

–Pero... ¿habláis? –comentó titubeante Kenko.

–Claro –dijo otro que estaba más cerca de la niña–. Todos los animales nos comunicamos. Lo raro es que vosotros lo podáis hacer en nuestro mismo idioma.

La magia del Crope hacía que ambas especies, la humana y la animal pudieran entenderse.

Tove, que seguía torpemente los pasos de su amigo, tropezó en su carrera con una roca. No se hizo mucho daño pero su bolsa de avituallamiento se desparramó. Un montón de chuches quedaron esparcidas por el hielo. Las hembras de los pingüinos, que estaban hambrientas, se lanzaron hacia aquel montón de golosinas. Los tres niños intentaron, en medio de todo aquel caos, recoger todas las chuches para evitar que los pingüinos se las comiesen y enfermasen. Sagli estaba muy enfadado con la imprudencia de su amigo.

–¿Cómo se te ocurre traer eso? –dijo el muchacho enfadado.

–Tranquilo, no pasa nada, si a mí no me hace daño seguro que a ellos tampoco, je, je –dijo, soltando una tímida carcajada.



–¡Pues claro que les hará daño! Los pingüinos comen krill y unos alimentos determinados que les aportan los nutrientes que necesitan para mantener esa capa de grasa que les recubre. Esa capa es muy importante porque les hace soportar el frío y acumular energía para resistir mucho tiempo sin comer. Y eso de que a ti no te hace daño, no es cierto. Nuestro cuerpo no recibe bien tantos azúcares y grasas saturadas. ¡Estás haciendo peligrar tu salud, Tove!

–¡Menuda charla, ni que fueras mi padre!

–Si fuera tu padre no te dejaría comer tanta porquería.

–¡Chicos! –gritó Kenko–. ¡Dejad de discutir! Los pingüinos hembra están vomitando. ¡Esto cada vez se pone peor!

–¡Rápido Kenko, saca el Croke, deprisa! –dijo Sagli, que tenía muy claro lo que debía hacer.

Al sacar la esfera de la mochila, el gran tubo de luz blanca volvió a emerger del Croke dirigiéndose hacia los hologramas. Como si de un gran aspirador se tratase, fue capturándolos de uno en uno. Los niños, tapándose los ojos con las manos para protegerse de aquel potente resplandor, entreveían entre sus dedos la escena alucinados. Cuando el Croke reunió a todos los hologramas, absorbió el haz de luz sobre sí mismo.

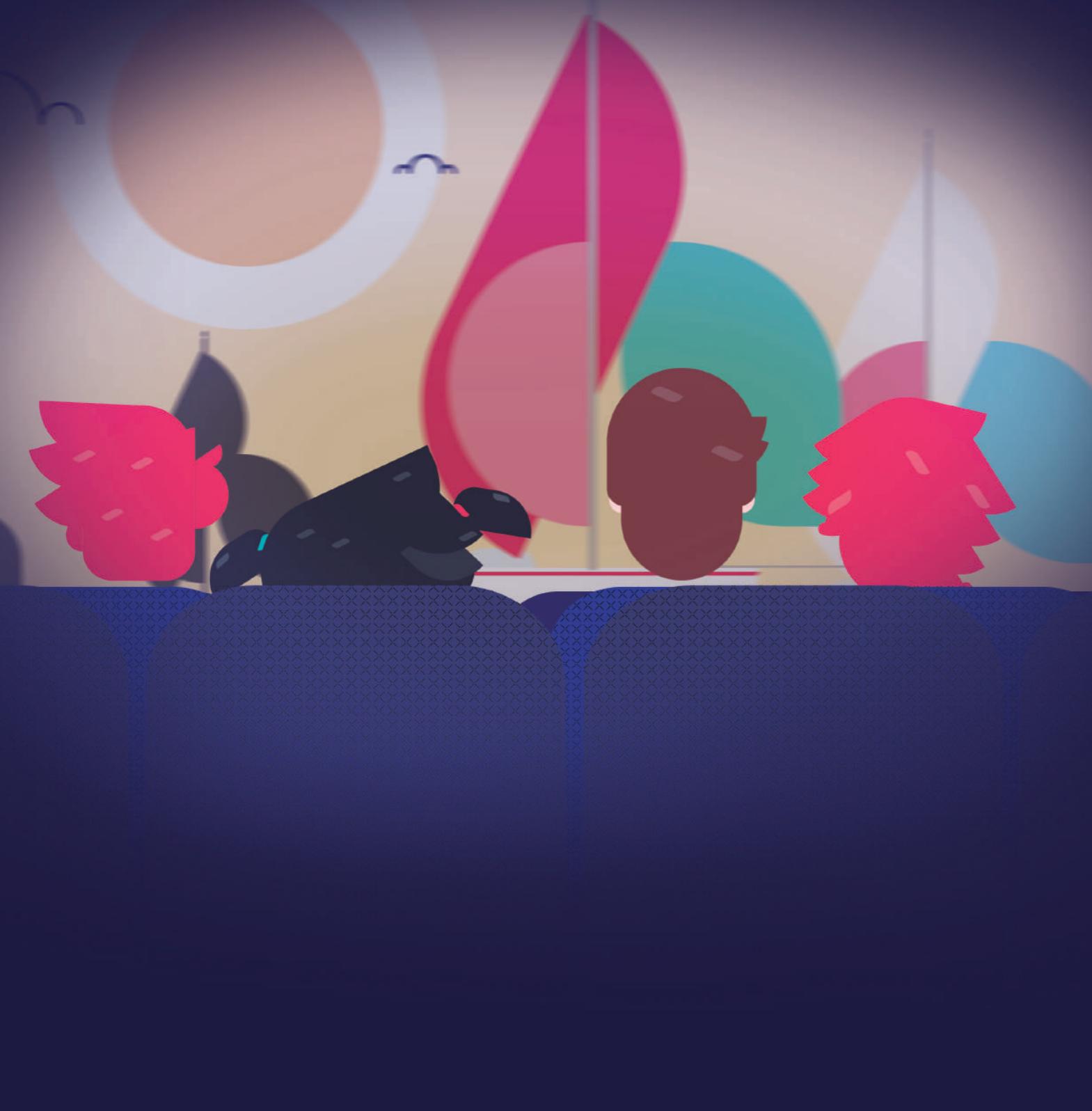
En ese mismo instante, y como por arte de magia, los tres niños aparecieron en la casa de Sagli y Kenko como si nada hubiera sucedido. Se miraron sorprendidos al darse cuenta de dónde estaban y respiraron aliviados. Minutos después descubrieron que no había transcurrido el tiempo, como si los hologramas de los pingüinos nunca se hubieran escapado.



Sagli, que aún sostenía la esfera entre sus manos, miró a su hermana y con la voz entrecortada le dijo:

–Kenko, quiero que le pidas a papá que devuelva el Croke cuanto antes.





2. El ataque de los Viras

No hubo manera de convencer a los padres de Kenko y Sagli de que devolvieran el Croke. Ellos estaban entusiasmados con la nueva actitud responsable de su pequeña y no entendían las razones que ambos hijos les daban para deshacerse de aquel objeto.

- De verdad papá que este juguete no me gusta. Tengo que estar muy pendiente de él, no es divertido.
- Sí, yo creo que a Kenko le estresa mucho –añadía Sagli –es mejor que te lo lleves.
- ¡Qué tonterías decís! Hasta hace unos días estabais encantados y ahora resulta que no lo queréis ni ver. Nada, nada, Kenko, tienes que acostumbrarte a tener alguna responsabilidad. Y cuidar del Croke, además de no ser complicado, es divertido. En la vida te va a tocar cuidar de alguien o de algo y esta es una bonita forma de empezar.

El mes siguiente fue muy tranquilo, hasta que a principios de julio, un viernes de puente, toda la familia decidió irse al cine. Eran casi las ocho cuando, ya de regreso a casa, Sagli se dio cuenta del olvido.

- ¿Te has traído el Croke, verdad? –dijo al oído a su hermana, para que sus padres no pudieran entender lo que estaba pasando.
- ¡Creí que lo habías cogido tú! –contestó la niña, poniendo los ojos como platos.

Efectivamente, se les había olvidado coger la esfera de animales. Al llegar a casa había pasado más de media hora desde las ocho y la habitación de Kenko estaba a oscuras. Los niños subieron al cuarto con la esperanza de que nada hubiera sucedido pero al comprobar el estado del Crope se dieron cuenta de que faltaban las jirafas. Ambos se miraron desconsolados imaginando lo que ahora les tocaba arreglar. Sagli no dudó en llamar a su amigo.

–¡Qué bien, Sagli! ¡Ya tenemos aventura! –dijo Tove emocionado, desde el otro lado del teléfono.

–Esta vez lo tenemos complicado, Tove. ¡Hay jirafas por todo África y no sé cómo vamos a localizar a las diez que se han escapado! –dijo Sagli apurado.

–¿Alguna pista?

–Kenko, ¿viste algo en las jirafas que pudiera hacerlas especiales?

–Ummm, no sé... –la niña se quedó pensativa tratando de recordar–. Las manchas empezaban de rodillas para arriba; hacia abajo tenían las patas lisas y blanquitas.

Sagli trasladó a su amigo toda la información que su hermana pudo dar sobre las jirafas. Al cabo de unas dos horas, Tove les envió un *WhatsApp*. Estaba entusiasmado.

–Chicos, ¿sabíais que las jirafas son los mamíferos más altos del mundo?

–¡Al grano, Tove! –dijo Sagli impaciente por tener toda la información.



–Tranquilo, tranquilo... ¡No veas cuánta información hay en Internet y todo lo que se puede aprender si lo usas con cabeza!

Tove había averiguado un montón de cosas. Las jirafas que tienen las manchas de rodillas para arriba son las jirafas Masái o jirafas del Kilimanjaro, y son las jirafas más altas. Viven entre Kenia y Tanzania alojadas dentro de parques nacionales para su protección. Tove, después de mucho investigar y tras ver un montón de localizaciones, llegó a la conclusión de que lo más seguro es que estuvieran en el Parque Nacional de Amboseli, en Kenia. Esa era la buena noticia; la mala es que se agrupaban en grupos de diez a quince jirafas y, por ello, tendrían que recorrer todo el parque para encontrarlas.

–¿Y ahora qué? –terminó por decir Tove después de soltar toda la información– ¿nos vamos a la aventura?

–Mis padres están en casa –añadió Sagli–. Por ahora no podemos salir.

–Venid el domingo a mi casa, que estoy solo. Ya viste lo que pasó cuando fuimos a buscar a los pingüinos, el Crope hizo que apareciéramos de vuelta en vuestra casa como si no hubiera pasado el tiempo. Venga, ve pidiendo permiso a tus padres que yo voy gestionando unos vuelos para Nairobi.

A los padres nos les hizo gracia que de forma repentina sus hijos se fueran un día entero a casa de Tove. Pero habían insistido tanto en que el pobre Tove tenía muy pocos amigos y que siempre estaba solo, que finalmente les dejaron ir con la promesa de estar de vuelta en casa antes de las nueve. Tardaron más de doce

horas en llegar a Nairobi. Después de dormir apaciblemente en una estupenda habitación de hotel que había reservado su generoso amigo, se dirigieron sin perder ni un segundo a la base donde Tove había alquilado un *jeep* en una empresa en la que apenas le hicieron preguntas. Dicha empresa pertenecía a una muchacha de diecinueve años llamada Tumaini.

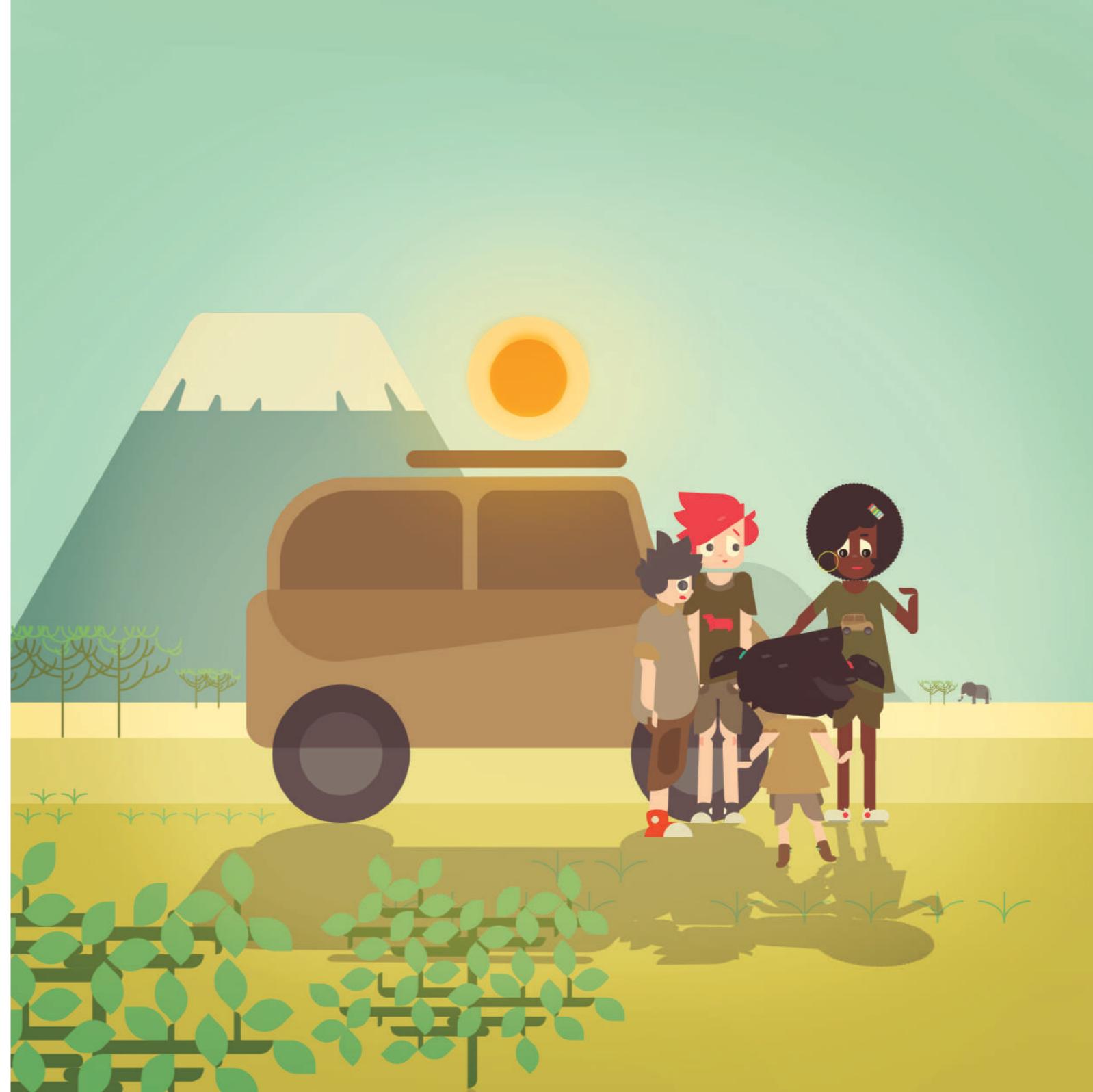
–¿Qué edad tenéis? –les preguntó Tumaini en un perfecto inglés.

–Somos un poco más jóvenes que tú –respondió resuelto Saggi pensando que la chica, al ver su estatura, no se daría cuenta de que no había cumplido los dieciséis.

–¿Me tomas por tonta? Mirad niños, no quiero líos. Me ha costado mucho obtener la licencia para llevar adelante este negocio.

Desde niña, Tumaini tuvo que luchar por recibir una educación. En su tribu a las niñas no les dejaban estudiar, pero ella sabía lo importante que era formarse y aprender. Por eso, con su esfuerzo y tesón, consiguió ir a la escuela y, además, con tan solo quince años y arreglando un viejo *jeep*, logró montar su propia empresa de transporte. Al principio era solo para turistas, pero luego la utilizó para que otros niños y niñas pudieran desplazarse desde las aldeas a las ciudades para poder estudiar. Tumaini era un ejemplo a seguir que muchos niños en su aldea querían imitar.

–¿Dónde están vuestros padres? –preguntó la joven.





Y entonces Kenko, sintiéndose culpable de pronto, estalló.

–La culpa la tiene mi padre –empezó a decir Kenko casi a punto de llorar–. Quiere que yo sea responsable y va y me da una bola llena de animales. Son muy bonitos pero es que... se escapan. Y nosotros venga a viajar y viajar para rescatarlos y que vuelvan a la esfera. Y luego resulta que no son tan majos y se portan fatal cuando están sueltos, y además... ¡tengo hambre! –terminó diciendo la niña al borde de las lágrimas.

Después de aquel discurso, y viendo que Tumaini intentaba consolar a Kenko con gran ternura, los muchachos decidieron confiar en ella y le explicaron la historia del Crope. Tumaini al principio se quedó sorprendida pero, estaba tan acostumbrada a escuchar los mágicos relatos y leyendas de su tribu, que finalmente creyó que los muchachos decían la verdad. Así que decidió ayudarles.

Juntos organizaron los víveres y los materiales de supervivencia de la expedición y se dirigieron al Parque Nacional de Amboseli. Una vez allí sacaron el Crope para que les indicara la ubicación de los hologramas. Recorrieron cientos de kilómetros y vieron grupos de jirafas, pero estaban tranquilas en la sabana o comiendo de las copas de los árboles. Por fin, divisaron un grupo de diez jirafas a las que notaron algo extraño. Al acercarse vieron que estaban inmóviles mirando al cielo, completamente petrificadas. Entonces los cuatro dirigieron sus miradas hacia el mismo punto al que miraban las jirafas y... los vieron.

Cientos de bichos verdes plagaban el cielo. Tenían un montón de tentáculos terminados en ventosas, parecían pulpos. De repente, los bichos se abalanzaron

sobre los hologramas de las jirafas atrapándolas con sus enormes tentáculos. Las jirafas se revolvían intentando escapar, pero los bichos las metieron en una red y se las llevaron volando por el cielo. Todo transcurrió en apenas unos segundos.

–¿Qué ha pasado, Sagli? ¿Qué eran esos bichos? –preguntó Kenko.

–No lo sé –contestó asustado Sagli.

Eran los Viras, unos bichos que atacaban a los hologramas porque necesitaban de su energía para poder existir y multiplicarse. La anciana tenía razón, eran reales.

–¡Rápido, subid al *jeep*! –les apresuró Tumaini.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Kenko.

–¡Pues alcanzar a esos bichos y liberar a vuestros hologramas! ¿Acaso no habéis venido a eso?

–¡Yupiiiiii, viva la aventura! –añadió Tove dando gritos de alegría, mientras el resto le miraban enfadados.

La persecución fue de auténtica película. El *jeep* corría a gran velocidad y levantaba una gran polvareda a su paso. Los niños iban dejando atrás elefantes, cebras, leones y el imponente paisaje de la sabana africana. Estaban emocionados, ¡eso sí que era una auténtica aventura!

Delante de ellos, los Viras iban volando a gran velocidad. De pronto, al llegar a la altura del río, vieron cómo cambiaban su rumbo para dirigirse hacia unas majestuosas montañas con cumbres nevadas elevadas en mitad de aquella planicie.

- ¿Qué son esas montañas? –preguntó Sagli.
–Es Kilimanjaro y no me gusta que se dirijan hacia allí precisamente.
Hay tres volcanes inactivos en esas cumbres –apuntó Tumaini–.
Tenemos que ir más deprisa.

La muchacha aceleró la marcha, segura de que algo malo les iba a suceder a los hologramas si no llegaban a tiempo. Pero los Viras eran más rápidos y llegaron a la ladera de uno de los volcanes, el Uhurú, el punto más elevado de África.

- ¡Vamos, bajad! Tenemos que continuar a pie –dijo Tumaini.
–¿Tendremos que subir por ahí? –preguntó Kenko asustada.
–¡Pues claro! ¡Ánimo, que es fácil!

De pronto, contemplaron atónitos cómo la joven empezaba a correr como si fuera una gacela. Sus piernas eran ágiles y parecía no molestarle los terrenos empedrados. Cada vez se alejaba más, dando inmensas zancadas sin esfuerzo. Los niños estaban con la boca abierta. Era increíble verla correr. Y sin saber cómo, vieron cómo aquella simpática muchacha se había colocado justo debajo de los verdes Viras. Tumaini tomando impulso sobre una roca dio un enorme salto hasta alcanzar la red que tenía prisioneros a los hologramas, se quedó colgando de ella y los Viras, sin saber reaccionar, soltaron su presa y salieron huyendo hacia las profundidades del volcán. Los niños siguieron corriendo hasta alcanzar a Tumaini.

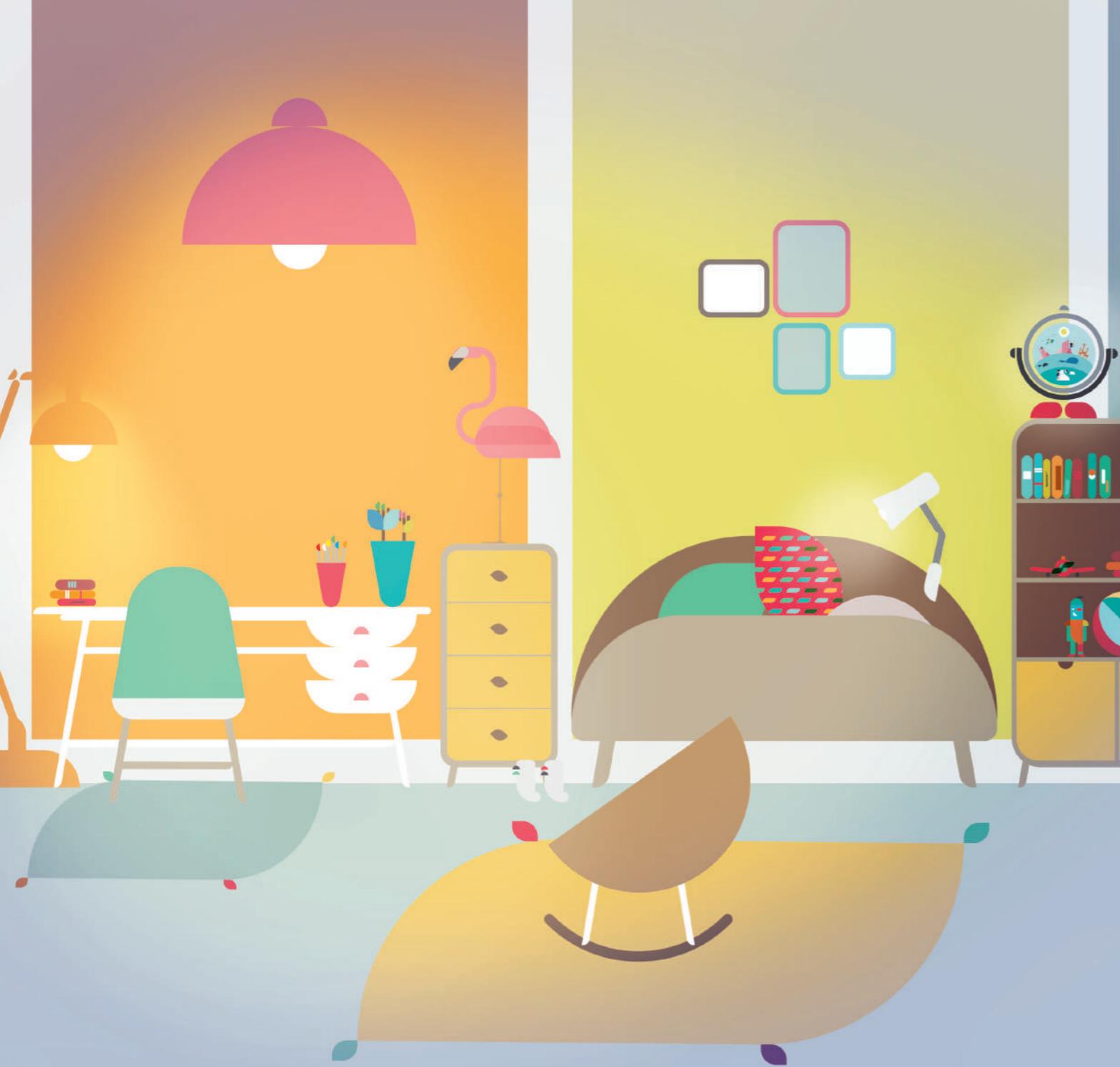
- ¡Qué pasada! –dijo Sagli–. ¿Dónde has aprendido a correr así?



- Soy de la tribu Kalejin, todo lo que está a nuestro alrededor está lejos, así que vamos corriendo –dijo sonriendo y respirando de forma entrecortada por el esfuerzo realizado–. Veo que vosotros no estáis muy en forma, ¿eh?
–Bueno, yo juego al baloncesto en el cole, pero no es lo mismo que correr –dijo molesto Sagli.
–¡Jope, entonces eres de la tribu que más títulos ha conseguido en las carreras de media y larga distancia! –comentó Tove.
–Efectivamente, Tove –respondió Tumaini sonriendo–. En mi tribu es muy importante correr y estar en forma, porque nos ayuda a vivir mejor. Pero para vosotros también debe ser importante. No dejéis de moveros y de hacer ejercicio para tener más fuerza y energía, amigos. El deporte no solo os dará salud, también os dará control sobre vosotros mismos y poder sobre vuestra vida. ¡No lo olvidéis! –dijo Tumaini sonriendo y guiñándoles un ojo.

Los niños asintieron y miraron con admiración a aquella joven que les había ayudado sin pedir nada a cambio. Su fortaleza y generosidad les acompañaría siempre. Pero había llegado el momento de decirle adiós. Habían cumplido su misión, así que se despidieron de ella sabiendo lo que sucedería una vez sacaran el Croke de la mochila. Y así fue. Los hologramas de las jirafas entraron en la esfera y enseguida aparecieron en casa como si aquella aventura no hubiera sido real. Pero Tumaini sí era real y su recuerdo nunca desapareció de sus corazones.





3. El tucán Pepe

Kenko no volvió a ser la misma. Ahora entendía realmente la importancia de cuidar del Crope. No era un juego y se sentía la auténtica responsable del bienestar de los animales. Además, los momentos compartidos con Tumaini le habían cambiado y ahora quería ser tan inteligente, fuerte y ágil como ella. Así que se esmeró en sus estudios y además se apuntó a todas las actividades deportivas que surgían en el colegio, porque ¿quién sabe?, igual en un futuro ella también podría tener su propia empresa y ayudar a otras personas, pensaba.

Los días pasaban felices. Después de hacer sus tareas, Kenko se dedicaba a estudiar a los animales de la esfera. Últimamente se había fijado de forma especial en una pareja de tucanes que parecían muy unidos. Al que identificó como el macho, por su mayor tamaño, le llamó Pepe; a la hembra, le puso de nombre Justina.

- ¡Mira Sagli, son supermonos! Fíjate cómo se rozan con el pico. Yo creo que se dan besitos.
- ¿No estarán afilándose el pico? ¿Cómo se van a dar besitos? –contestó su hermano.
- ¡Qué insensible que eres, pues claro que son besitos! Mira, mira, y ahora se acarician las plumas.
- ¡Cuánta imaginación! Seguro que se están quitando piojos –seguía diciendo Sagli entre risas.
- ¡Bruto! No tienes ni idea –añadió Kenko, muy enfadada con su hermano.

Tanto miraba la pequeña a los tucanes, que ya había empezado a imaginarse cómo sería tocarlos, estaba segura de que su plumaje era muy suave. La pequeña se había dado cuenta de que para ella ya no eran unos simples hologramas, sino que se habían convertido en sus mascotas y empezaba a tenerles mucho cariño.

–¿Y si dejo que Pepe salga un poco? –pensaba–. Si lo hago rápido y pongo enseguida los ejes del Crope en su sitio, no se podrá ir muy lejos –seguía cavilando.

Dicho y hecho, un día que la línea del Crope coincidía con los tucanes, la niña retuvo unos segundos en su mano la esfera a las ocho en punto, y claro, Pepe salió y se escapó en un halo de luz, tal y como había visto hacer anteriormente a los pingüinos.

Con toda la calma de la que fue capaz, y siendo consciente de la tontería que acababa de cometer, se fue directa al cuarto de Sagli. Al contárselo, tuvo que aguantar su tremenda regañina.

–¡Madre mía, Kenko! ¿En qué estabas pensando? ¡Menudo lío! –la cadena de reproches de Sagli no paraba mientras Kenko le miraba resignada consciente de la gran metedura de pata.

–Igual esta vez es más fácil –terminó diciendo la niña con la esperanza de que su hermano se relajara.

–¿Y eso por qué? –replicó Sagli.



–Pues porque he averiguado mucho sobre ellos. Ya sé, por ejemplo, que son tucanes Toco y que son los de mayor tamaño; sé que viven en parejas, ponen de dos a cuatro huevos y comen fruta, insectos, reptiles y huevos.

–¿Y dónde viven? –preguntó su hermano, cortando la retahíla de información que recitaba Kenko emocionada.

–Pues, pues... –la niña dudaba si debía decirlo o no– en el Noroeste de Venezuela, Guayana, Bolivia, Paraguay, Brasil y Argentina.

–Estupendo, por todo Sudamérica, superfácil –resopló Sagli.

Ambos hermanos se miraron, esta vez sí que era complicado localizar al holograma. No podían recorrerse todo el sur de América buscando a un tucán, era como buscar una aguja en un pajar. Estaban desesperados pensando en cómo solucionar el problema, pero todas las ideas que se les ocurrían parecían tonterías. Era imposible localizarlo. Pero Kenko, que no paraba de observar a Justina, la pareja de Pepe el tucán, se dio cuenta de que algo había cambiado. Justina parecía observarla a través del cristal del Crope. La niña pegó su nariz a la esfera para ver aquella diminuta ave y su mirada se cruzó con los pequeños ojillos negros y brillantes de Justina que la estaba observando con cara de preocupación.

–¡Sagli, Sagli, me está mirando, me está mirando! –gritaba Kenko.

–¿Cómo te va a mirar? Ni siquiera sabe que existes.

–¡Que sí, que sí! No te engañe, fíjate.

–No sé, es muy pequeña, no puedo distinguir si te mira.

–¡Pues me mira! Que yo sé cómo se comportaba antes y nunca se ponía frente a mí. Y ahora, mira, ahí quieta mirándome como queriendo decirme algo.

–Sí, claro, que si sabes dónde ha ido su novio, ja, ja, ja.

–¡Eso es! ¡Igual ella sabe dónde está! –dijo Kenko emocionada–.

¡Ya lo tengo! ¿Y si le mostramos un mapa y vemos qué hace?

–No digas bobadas, ¿ahora los hologramas saben de mapas?

¡Qué cosas tienes, peque!

Pero Kenko ya había dejado de escucharle convencida de su corazonada. Rápidamente fue a su cuarto donde tenía la tablet y buscó en Google los países donde se encontraban los tucanes Toco. Acercando el mapa de Sudamérica al Crope, esperó a que Justina tuviese alguna reacción. Sin embargo, Justina no hacía nada.

–¿Ves? Te lo dije –replicó Sagli.

Aún así, Kenko seguía sin rendirse y pensó que quizás los países eran espacios demasiado grandes como para que el pequeño tucán los identificara. Así que fue enseñando a Justina regiones concretas y parques nacionales. Ya había perdido toda esperanza cuando, de pronto, el tucán se puso a dar saltitos sobre la rama del árbol en la que se encontraba. El lugar estaba claro: el Parque Natural de Iguazú.



Era lunes por la noche y las posibilidades de escaparse eran casi imposibles. Aún así, Sagli llamó a su amigo Tove que una vez más se mostró entusiasmado con otro nuevo viaje.

–Sagli, ¿qué podemos hacer? ¿Se te ocurre algo? –preguntó Tove.

–A ver, déjame pensar... El próximo fin de semana mis padres se van de escapada romántica y estaremos unas horas solos hasta que nos recojan los abuelos por la tarde. Sería una buena oportunidad para salir de viaje. Pero siempre estamos gastando tus ahorros, Tove, no me parece bien.

–¡No digas tonterías! No hay mejor inversión que salvar el mundo –dijo Tove sonriente, mientras le guiñaba un ojo. Y en ese instante Sagli se dio cuenta de que su amigo a veces podía parecer un cabeza de chorlito, pero la verdad es que era la persona más generosa y desinteresada que había conocido. Y lo que más admiraba de él es que nunca, nunca se daba por vencido.

Los padres de Kenko y Sagli se fueron de fin de semana. Los abuelos pasarían a recogerlos el sábado por la tarde después de que sus padres se hubieran ido. Estaba todo arreglado, así que los intrépidos amigos se fueron al aeropuerto con un nuevo destino: Río de Janeiro.

Una vez dentro del avión, Tove les volvió a sorprender.

- Chicos, he traído una cosilla –dijo Tove hurgando en su mochila.
–¿No serán chuches? –apuntó Kenko–. Ya sabes que no son buenas para nuestra salud.
–¡Para nada, qué te piensas! Es algo mucho mejor.

Y mientras lo decía con una amplia sonrisa, sacó de su mochila unas camisetas. Eran blancas y en el centro tenían el dibujo del Crope. Los tres se miraron con cara de complicidad. Ahora sí que eran sus auténticos protectores, ya tenían su símbolo y su camiseta.



Una vez en Río de Janeiro, cogieron otro vuelo con destino a Foz de Iguazú, una ciudad de la región brasileña de Paraná. Desde allí debían coger un autobús que les llevaría directos al Parque Nacional de Iguazú, en el lado brasileño. Habían decidido comenzar a buscar por esa ruta. Una vez sentados en el autobús, se concentraron en observar a su alrededor intentando detectar la selva tropical donde sin duda debía de estar Pepe.

- Sagli, aquí no se ven muchos árboles –dijo Kenko con tono de preocupación.
–Sí, la verdad es que me lo imaginaba de otra manera –contestó Sagli.
–Tenéis razón –dijo una voz desde el asiento de atrás–. Esta región ha sufrido una terrible deforestación.

La voz pertenecía a un muchacho de unos veinticinco años que no pudo evitar escuchar la conversación de los niños. Kenko se giró y frunciendo su pequeña frente le preguntó:

- ¿Qué significa eso?
–Significa que el hombre ha talado más árboles de lo que la naturaleza puede soportar –le respondió el muchacho–. Los bosques ubicados en Iguazú contienen grandes toneladas de carbono que absorben de la atmósfera. Si el carbono no está en la atmósfera, éste no puede dañarnos. ¿Lo entiendes pequeña?
–¿Entonces los árboles nos protegen? –preguntó Kenko.

–Claro y no solo eso. Cuando perdemos bosques nos volvemos más vulnerables a las lluvias ya que corremos el riesgo de terribles inundaciones. Y lo más preocupante es que la selva que ves alrededor tan solo es un siete por ciento de lo que era. ¿Te lo puedes imaginar?

–¡Jo, eso es muy triste! Y los animales que vivían aquí, ¿qué ha pasado con ellos? –siguió preguntando Kenko, alterada por la posibilidad de no encontrar a Pepe.

–También han disminuido en número y muchas especies están en peligro. Especialmente las aves.

–¿Pero por qué? No lo entiendo.

–Muy sencillo, la industria maderera ha abusado de estos bosques talando árboles de forma descontrolada. Además, este entorno se ha visto alterado por la construcción de diversas infraestructuras. Fíjate, solo en el río Iguazú hay hasta seis represas.

–¿Represas? ¿Qué es eso?

–Digamos que cercan el río para generar energía y abastecer así de luz a las ciudades.

–Pero, ¿no debería estar prohibido? –señaló Sagli, un poco cansado de tanto discurso negativo.

–Sí, es cierto. Perdonadme chicos, no me he presentado. Me llamo José Tavares. Pertenezco a un grupo ecológico que lleva años trabajando en esta región para conseguir que las represas no afecten a este ecosistema.



–¿Y no es un poco tarde? –preguntó Tove.

–En cierto sentido sí, pero hay mucho por lo que luchar. Las represas alteran el flujo del agua en cuestión de horas y estos cambios no hay especie vegetal ni animal que lo resista. Estamos intentando que los gobiernos lo controlen, y mientras tanto, ayudamos a todas las especies que peligran.

Los tres niños resoplaron a la vez. Era muy triste comprobar cómo los seres humanos maltratamos a la naturaleza. Al bajar del autobús en el Parque Nacional de Iguazú, pudieron contemplar la hermosura de lo que todavía quedaba. Majestuosos y verdes árboles, salvaje espesura de la selva tropical y unos impresionantes saltos de agua. Tove lo tenía todo organizado y se había encargado de contactar con un guía que les llevaría por toda la selva, en concreto, a los lugares donde había gran cantidad de tucanes Toco. Con todo lo necesario para andar por la espesura, los intrépidos amigos siguieron en silencio al guía. Éste les explicaba los detalles y curiosidades de toda esa exuberante naturaleza que encontraban a su paso. Kenko llevaba el Crope en la mano, se había girado, como pasó el día de los pingüinos, y enseguida empezó a funcionar como una brújula. Sagli iba comentando con el guía los cambios de dirección. Éste no entendía muy bien a los muchachos pero hacía caso a sus indicaciones. Llevaban más de dos horas de caminata y los jóvenes ya empezaban a estar cansados. Habían llegado a una zona poco arbolada cuando de pronto oyeron



cierto revuelo alrededor de una gran palmera. Había otros pájaros revoloteando, loros y unos pequeños pájaros amarillos que parecían estar algo asustados. Y ahí estaba: era el holograma.



Pepe estaba lanzando frutos a un agujero que había en un tronco. Era un nido y de éste asomaba de vez en cuando un pequeño pico que trataba de defenderse de aquel tucán tan extraño. De pronto, apareció otro tucán y el holograma Pepe pareció calmarse. Pero enseguida se puso de nuevo a lanzar todo lo que podía arrancar con el pico.

- Mira Sagli, yo creo que la que acaba de llegar es su pareja, el tucán Justina del mundo real –dijo Kenko.
- Puede ser, pero Pepe está muy nervioso. ¡Pronto, acerca el Crope!
- le indicó su hermano.

Kenko colocó el Crope apuntando hacia las aves, pero no pasaba nada. Estaban demasiado lejos y la esfera no podía atraer a los tucanes.

Y en un instante, todo se descontroló. El holograma de Pepe divisó el Crope y salió volando hacia la otra orilla igual de rápido que una estrella fugaz. Los niños se miraron desconsolados. Lo habían perdido.

El guía estaba cada vez más confuso tras el nuevo cambio de opinión de los niños. Ahora querían dirigirse al lado argentino del Parque Nacional de Iguazú, en la provincia de Misiones. Eso no estaba en su contrato así que se negó a llevarles.

- Sagli, ¿qué vamos a hacer ahora? –preguntó angustiada Kenko.
- No te preocupes, ya veremos cómo cruzar al otro lado.

Las palabras de su hermano le tranquilizaron. Sagli le transmitía serenidad porque siempre sabía lo que hacer, y si no tenía la respuesta en su mano, la buscaba; pero nunca se ponía nervioso.



De pronto, los hermanos vieron al muchacho que les había acompañado en el autobús. José iba con otros compañeros y parecían dirigirse hacia el otro lado.

- ¿Qué pasa, chicos? ¿Qué hacéis por aquí? –les preguntó José.
- Necesitamos ir hacia el otro lado del río. Buscamos a un tucán que se nos ha perdido –dijo Kenko.
- ¿Un tucán? Hay muchos, no creo que podáis encontrarlo.
- En realidad buscamos a nuestros padres –dijo Sagli–. Nos hemos subido al autobús que no era y en realidad deberíamos estar en el otro lado del río. ¿Nos puedes ayudar? –inventó el chico como pudo.

A José todo le parecía muy extraño pero accedió a llevarlos a la otra orilla.

- ¿Y dónde están exactamente vuestros padres? –les preguntó José.
- En las cataratas –se apresuró a decir Sagli.
- Nosotros os podemos llevar hasta el Tren Ecológico.
- ¿Qué es eso? –preguntó Tove.
- Es una locomotora a gas que recorre la selva hasta las grandes cataratas. No tiene pérdida, es de color verde y muy antigua.
- ¡Mirad, vamos bien! –gritó de repente Kenko al mirar la esfera.

Sagli empezó a hacerle señas para indicarle que debía guardar silencio, así no tendrían que explicarle el asunto del Crope a nadie.



El viaje en el tren fue increíble. Fueron atravesando la masa vegetal de la selva tropical viendo frondosos helechos, bromelias, orquídeas y palmeras. Divisaron gigantescos árboles que servían de soporte a una gran variedad de enredaderas trepadoras. También vieron más tucanes, urracas, teros, loros y los increíbles vencejos de cascada, una especie endémica de la zona que vuela entre los saltos de agua. Incluso pudieron observar de cerca a algunos animales que se acercaban a las vías, como los monos o los coatíes.

Al llegar a la famosa garganta, la impresión fue superior. La unión de saltos de más de ciento cincuenta metros de longitud con una caída de ochenta metros de altura era impresionante. El sonido del agua era ensordecedor y los arcoíris que se formaban con la bruma del agua y el sol dibujaban una estampa realmente preciosa. Y así estaban los tres amigos, con la boca abierta frente a aquellas inmensas cataratas, cuando apareció el holograma Pepe. Le vieron volar intentando atravesar los inmensos saltos de agua tratando de volver al otro lado del río.

Sagli no lo dudó, estaba harto de perseguirle y era ahora o nunca. Cogió el Croke y con total decisión lo lanzó al cielo apuntando al ave. La esfera lo atrapó sin más e hizo que los niños también se elevarán sobre la catarata para llevarlos de nuevo a su hogar.





4. Salvemos el mar

El Croke había cambiado la vida de los tres muchachos. Los padres de Kenko percibían mejoras en el orden y la responsabilidad pero no eran conscientes de lo mucho que los niños habían evolucionado en su interior. Ahora valoraban todo lo que les rodeaba: la naturaleza, los animales y las personas. Además, conocían la fragilidad de su entorno y el esfuerzo que realizaban muchas personas para salvaguardarlo.

Había pasado algún tiempo desde su última aventura y el otoño comenzaba. Kenko no descuidaba ni un minuto la hora del Croke. Lo había incorporado a sus hábitos diarios, igual que el de lavarse los dientes después de cada comida y las manos siempre antes de comer. Pero una tarde de domingo algo nuevo e inesperado sucedió.

- ¡Sagli, Sagli! –gritaba Kenko desde su habitación.
- ¿Qué pasa? –contestó rápidamente su hermano.
- ¡El Croke hace un ruido muy raro! Me duelen los oídos.
- Calma, calma –dijo Sagli mientras apoyaba su cabeza contra la esfera-. Yo no oigo nada.
- ¡No puede ser! ¡Es un sonido insoportable! –seguía insistiendo Kenko poniéndose las manos sobre las orejas para intentar no oír aquel molesto ruido.

Como la pequeña estaba cada vez más nerviosa, su hermano Sagli no dudó en hacerle caso. Sabía que había sonidos que se emitían a muy baja frecuencia

y que era imposible que un ser humano pudiera escucharlos. Pero no entendía por qué su hermana sí podía oírlos y él no.

Pronto, y con la ayuda de Tove, consiguieron hacerse con un medidor de frecuencia. Los tres amigos se quedaron atónitos al ver que el medidor marcaba un sonido por debajo de los 12 hz. Era verdad, aquella bola de cristal no dejaba de emitirlo. Sagli entendió que debían descubrir cuál era el origen de ese sonido y que debían hacer algo para solucionarlo.

–Papá, ¿podrías decirme dónde compraste el Crope? –preguntó Sagli como si tal cosa.

–¿Y ese repentino interés?

–Bueno, tengo un amigo al que me gustaría regalarle uno.

–La verdad, hijo, es que era el único que había en la tienda. Como te conté, aquella extraña señora me dijo incluso que no estaba en venta.

–No importa, tú dime la dirección. Si no lo encuentro igual se me ocurre otra cosa para regalarle.

–Está bien –contestó su padre–, pero luego no me digas nada si lo que has visto no te ha gustado.

Con la dirección bien memorizada y el Crope metido en una mochila, los tres amigos se dirigieron a la tienda. Una vez dentro de aquel lugar, Sagli comprendió a qué se refería su padre. El sitio resultaba extremadamente caótico y desordenado, pero era sencillamente espectacular.

Los niños fueron adentrándose en la tienda sintiendo un gran estremecimiento. Todo les resultaba familiar y de una forma extraña esa tienda lograba que se sintieran como en casa.



–¡Vaya, por fin habéis venido! –dijo una mujer mayor de pelo blanco y ojos azules que apareció de la nada. La anciana era un tanto peculiar e iba vestida como si fuera a irse de viaje al Himalaya.

–Buenos días –dijo educadamente Sagli–. ¿Nos esperaba?

–¡Pues claro, muchacho! Llevo varios días oyendo quejarse a la pobre ballena. ¡Menudo dolor de cabeza se me ha puesto!

–Disculpe, ¿de qué ballena habla? –preguntó Tove mirando con cara extrañada a su amigo.

–¿No os habéis dado cuenta, chicos? –continuó diciendo la señora–. Pues la ballena que se está quejando desde el Crope. ¿Habéis venido por eso, no?

–¡Sí, sí! A mí también me duele la cabeza –dijo casi gritando Kenko–. ¿Veis cómo es muy molesto, chicos?

–Pobre niña –dijo la anciana cogiendo la carita de Kenko entre sus manos y mirándola con ternura–. Tú debes de ser Kenko. Pequeña, has cuidado muy bien del Crope. Estoy muy orgullosa de ti.

–Pero... pero ¿me conoce?, ¿y usted quién es? –le preguntó la niña.

–¡Pues claro que te conozco! Conozco a todos los guardianes. Me llamo Artemisa y de mí dependen todos los Cropes.

–¿Sabía que vendríamos? –dijo Sagli sorprendido por la situación.

–Pues claro, muchacho. El holograma de la ballena nos está avisando de algo muy grave. Anda, démonos prisa porque la cosa requiere nuestra ayuda. Por favor Kenko, saca el Crope, ¡nos vamos de viaje!



La pequeña sacó cuidadosamente la esfera mientras Artemisa les indicaba que cada uno debía colocar una de sus manos sobre el Crope. Al posarlas a la vez, todos se trasladaron como por arte de magia a Noruega, concretamente a orillas del fiordo Naeroyfjord, el brazo más estrecho del llamado Fiordo de los Sueños.

–¡No me lo puedo creer! ¿Se puede viajar con el Crope? –preguntó incrédulo Tove.

–Pues claro –dijo la anciana–. ¿Cómo si no ibais a recorrer medio mundo para recuperar a los hologramas que conseguían escaparse?

Los tres amigos se miraron sorprendidos y comenzaron a reírse con grandes carcajadas. Recordaron todos los esfuerzos que habían tenido que realizar para poder viajar a todos aquellos lugares sin la ayuda de un adulto. Y ahora resultaba que el Crope les habría llevado de la forma más sencilla.

–¡Venga muchachos, no tenemos todo el día! La ballena se encuentra varada dentro del fiordo y debemos ir en *kayak* hasta donde está.

Artemisa organizó las tres embarcaciones. En una irían Sagli y Kenko, en otra Tove y en la última ella.

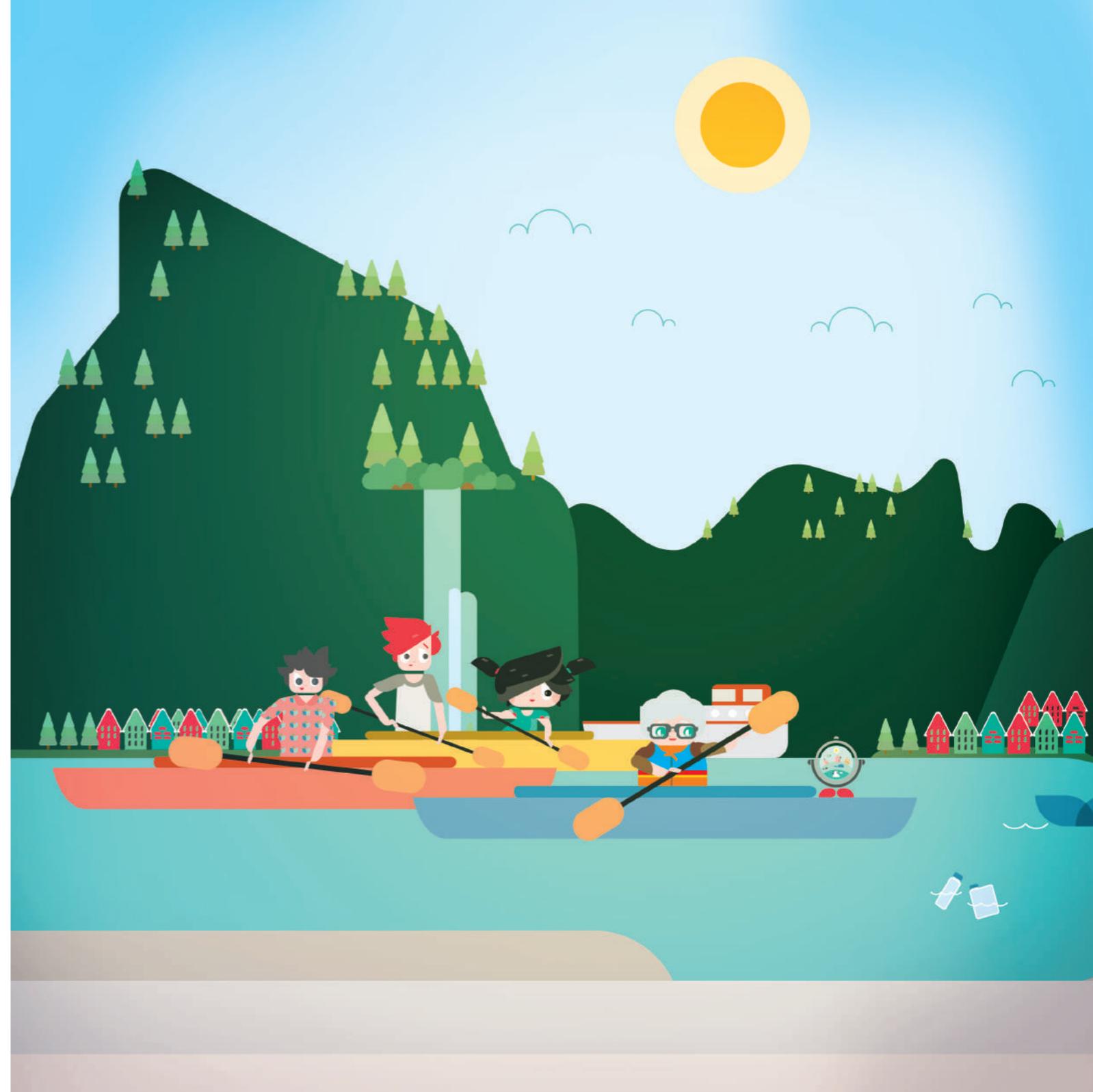
–Señora, yo puedo ir con usted –dijo Tove amablemente pensando que la mujer no tendría las fuerzas suficientes para remar por el fiordo.

–¿Qué pasa? ¿No sabes llevar un *kayak*? No te preocupes, te enseño rápido.

–Bueno, no se me da muy bien, pero lo digo por ayudarla.
–Ja, ja, ja –Artemisa no pudo evitar reírse–. Querido Tove, aquí donde me ves y a pesar de mi edad, estoy superfuerte y sana. No te preocupes por mí.

Y era cierto. Artemisa, con más de setenta años, no había dejado nunca de hacer deporte, comía sano y, sobre todo, contaba con una mente inquieta y activa que acompañaba a su espíritu joven. Mientras avanzaba remando por el fiordo, los niños pudieron darse cuenta de que hay personas que nunca envejecen a pesar de cumplir años. Cada palada que daba aquella mujer, salpicaba de agua su anciano rostro y sin embargo sonreía como una niña admirando cada tramo del paisaje. El momento fue mágico. Las tres embarcaciones surcaban aquellas aguas entre empinadas y verdes montañas. El silencio solo se veía perturbado por las numerosas cascadas que iban surgiendo de aquellas majestuosas paredes.

Llevaban más de una hora navegando por el fiordo cuando de pronto vieron a la pobre ballena. Estaba varada entre rocas y se la veía muy mal. Con prudencia dejaron los *kayaks* en un espacio alejado por si el animal se veía perturbado y soltaba algún coletazo. Despacio se fueron acercando para ver exactamente qué le sucedía. Cuando estuvieron junto a ella, Artemisa posó sus manos suavemente sobre el vientre de la ballena que seguía emitiendo aquellos sonidos como expresión de dolor. Los niños observaban asustados ya que nunca habían estado junto a un animal tan grande. Pero el miedo se mezclaba con tristeza. A la pobre ballena se la veía muy enferma y no sabían qué podían hacer para curarla.



–¡Chicos, ayudadme! –dijo Artemisa mientras seguía masajeando con sus manos la tripita de la ballena–. Por favor, haced lo mismo que yo.

Los cuatro se pusieron a masajear esa gran barriga, y tras varios minutos de esfuerzo consiguieron lo inesperado. La ballena abrió su enorme boca expulsando una gran cantidad de plástico que se había quedado atrapado en su interior.

–¿Qué es eso? –preguntó Kenko preocupada.

–Es plástico –dijo la buena mujer–. El ser humano lanza toneladas de basura y plástico a los mares. Los animales, indefensos, por desgracia terminan tragándose.

Aquella visión tan triste hizo derrumbarse a la pequeña Kenko que se puso a llorar de forma desconsolada. Todos la rodearon y se abrazaron entre sí.

–La ballena ya está bien –continuó diciendo Artemisa–, pero ahora debemos pedir ayuda para poder sacarla de la orilla. Quedaos con ella mientras me acerco al pueblo más cercano. Por favor, echadle agua por encima para que no se le seque la piel.

Al cabo de unas horas los muchachos divisaron unos diez barcos a motor que venían rápidamente por el fiordo. Artemisa los dirigía. Entre todos, y ayudados de cuerdas, tiraron de la ballena hasta conseguir sacarla de la orilla. El enorme cetáceo por fin pudo meter su enorme cuerpo entre las aguas. Tras zambullirse de repente dio un gran salto y cayó de nuevo al mar mojando a todos los presentes.



Era su manera de decir que estaba bien y agradecida por la ayuda. Kenko, con su enorme imaginación, pensó incluso que le había guiñado el ojo.

Más tarde, y después de dar las gracias a los marineros noruegos, los cuatro viajeros pusieron sus manos sobre el Crope para iniciar el viaje de regreso.

Esa aventura junto a Artemisa les ayudó a entender muchas cosas. Por primera vez fueron realmente conscientes de la importancia de reciclar adecuadamente plásticos y envases, habían visto con sus propios ojos las tristes consecuencias de no hacerlo; y además, aprendieron que, proteger los océanos, fuente de vida y de salud para la tierra, era una labor de todos.





5. El regreso

Había pasado un año desde que Kenko tenía el Crope. Todo en su vida había cambiado sin apenas darse cuenta. Las tareas que antes suponían un esfuerzo ahora las realizaba con satisfacción gracias a la esfera. Por fin entendía la importancia de todo lo que le rodeaba: la naturaleza, los animales, la familia, los amigos... A ellos debíamos nuestra existencia, y por tanto, debían ser amados y cuidados. Y para poder querer a los demás, también debía quererse y cuidarse a sí misma.

Como todos los años, en mayo realizaban una superexcursión al campo con los amigos de la facultad de sus padres y sus familias. Se juntaban para comer y disfrutar de la primavera en plena naturaleza y el sitio elegido solía ser un bosque con gran variedad de árboles y tupida vegetación. Se podían observar castaños, cerezos, enebros, fresnos e incluso sauces. Pero lo más divertido, eran las zarzamoras; siempre conseguían unos buenos cestos de moras negras mientras paseaban, con la idea de hacer después una rica mermelada, pero realmente nunca la llegaban hacer porque terminaban comiéndose las moras antes.

El campamento, con todo lo necesario para pasar el día, lo situaban bajo la sombra de unos hermosos árboles, junto a una pradera estupenda en la que luego jugaban al fútbol. Además, muy cerca se encontraba un río, no muy grande, pero que en esa época del año bajaba con mucho caudal debido al deshielo de las montañas.

Kenko estaba muy ilusionada con la excursión. Había muchos niños de su edad y estaba deseosa de contarles los deportes a los que se había apuntado en el cole. También le hubiera gustado poder hablarles de sus aventuras con el Crope, pero sabía que no debía contar nada de ese tema.

- Kenko, deberías llevarte el Crope. ¡A saber a qué hora volvemos!
- dijo Sagli.
- Sí, lo tenía pensado. ¿Al final has invitado a Tove?
- ¡Pues claro! ¡Y a sus padres!
- ¿Cómo? ¿No están de viaje?
- Pues no, Tove dice que sus padres se han dado cuenta de que no le prestaban mucha atención y ahora no le dejan solo ni un minuto.
- ¿Y él cómo está?
- Pues encantado, dice que nunca había sido tan feliz porque a él le gusta mucho estar con sus padres. Yo creo que les echaba mucho de menos.
- ¡Qué bien, estaremos todos juntos! -terminó diciendo Kenko contenta por la buena noticia.

Cuando llegaron al campo, y mientras los mayores preparaban la comida, algunos chicos, entre los que se encontraban Sagli y Tove, se pusieron a jugar al fútbol. Otros decidieron salir a pasear para explorar los alrededores.

Kenko se apuntó a esta expedición. Durante el paseo se mostró emocionada contándoles a todos qué tipo de árboles y flores estaban viendo, qué animales



habitaban allí y lo importante que era para todos proteger los bosques, y bla, bla, bla. No paraba de hablar.

Sin darse cuenta, llegaron hasta el río junto al que encontraron un hermoso castaño de grandes ramas. De repente Kenko notó un golpe en su cabeza. Al mirar al suelo para ver qué le había dado, vio que era una castaña.

- ¡Qué raro, en esta época del año no hay castañas! -exclamó rascándose la parte de la cabeza en la que le había golpeado.

La pequeña miró a sus amigos por si alguno le había querido gastar una broma, pero de nuevo sintió otro pequeño golpecito, esta vez en la espalda. Un poquito enfadada miró hacia la copa del árbol y ahí estaban, subidas en lo alto, dos divertidas ardillas. La niña no les quitaba el ojo mientras fruncía el ceño algo molesta.

- ¿Qué pasa, Kenko? -preguntó uno de los niños.
- Sonará un poco raro pero me parece que esas dos ardillas me han tirado unas castañas y ahora se están riendo de mí.
- ¡Sí, claro! -dijo otro de los niños mientras soltaba una carcajada.
- ¡No te rías! -dijo Kenko-. Los animales son como nosotros. Voy a subirme al árbol para ver si es verdad lo que digo.

Y mientras terminaba de decir la última frase, la niña se encaramó ágilmente por las ramas hasta estar cerca de las ardillas.



Los dos animales la observaban curiosos con unos ojos grandes y redondos, sin embargo, no se asustaron ante la cercana presencia de Kenko, al contrario, se quedaron inmóviles y no parecía que fueran a huir. La niña se iba acercando más y más a ellas, y al mirarlas detenidamente, algo le resultó familiar. ¿Y si su holograma estaba en el Crope? De pronto recordó que dentro de la esfera había visto una pareja de ardillas. La niña siguió avanzando por la rama y en su afán por tocarlas, tanto se estiró, que en un descuido se cayó al agua.

Kenko sabía nadar pero el río llevaba mucha corriente y la niña se vio arrastrada por ella. Todo se volvió confuso. Unos gritaban intentando ir por la orilla detrás de la pequeña y otros corrieron en busca de ayuda. Finalmente, Kenko logró agarrarse a una de las rocas que estaban en el centro del río y, cansada y aturdida, se sentó sobre ella. Para su sorpresa, vio a su lado cuatro simpáticas tortugas que estiraban el cuello hacia ella, como si quisieran preguntarle algo. Parecían asustadas y preocupadas por Kenko. Transcurridos unos minutos, y una vez que Kenko recobró el aliento, las cuatro tortugas se zambulleron en el agua. Al rato, Kenko observó en una de las orillas cómo las ardillas y unos cuantos conejos arrastraban un tronco. Detrás venían las tortugas.

Todos los animales unidos y con mucho esfuerzo consiguieron empujar el tronco hasta la roca en la que estaba Kenko. La niña, entendiendo la idea, se aferró a él y logró salir del río. Kenko se acercó cuidadosamente a sus salvadores para agradecerles. Mientras acariciaba a los conejos, una de las ardillas se subió a su hombro. Fue un momento maravilloso que nunca olvidaría. De pronto, se oyeron voces cercanas que hicieron huir a todos los animales.

–¡Qué pena! –pensó Kenko–. Le hubiera gustado estar más tiempo con sus nuevos amigos.

Las voces eran las de sus padres y amigos que habían llegado hasta donde estaba la pequeña. Todos corrieron a abrazar a Kenko y no faltó alguna regañina por su imprudencia.

–Desde luego hermanita, no se te puede dejar sola –le recriminó Sagli–.
¡Menudo susto nos has dado!

–¡Chicos, ha sido muy emocionante! Los animales me han salvado, yo creo que me conocían –dijo Kenko contándoles lo sucedido.

–¿De verdad piensas que te conocían? –preguntó Tove.

–¡Que sí, que sí! Estoy casi segura de que sus hologramas están en el Croke.

–Me parece mucha casualidad –continuó diciendo su hermano– pero sería una explicación para lo que te ha pasado.

Estaban los tres compañeros de aventuras dialogando sobre lo sucedido cuando de pronto vieron una figura conocida que se iba acercando poco a poco. Era Artemisa. Los niños se miraron sorprendidos ante esa extraña visita. Pero, emocionados, corrieron hacia ella.

–¿Qué ha pasado?, ¿tenemos una nueva misión? –comentó Sagli.

–No, querido, he venido a por el Croke.



–¿Por qué? Lo he cuidado muy bien. Ya no se me escapa ningún holograma –dijo angustiada Kenko ante las palabras de la anciana.
–Tranquila pequeña, ¡tú lo has hecho fenomenal! Precisamente por eso es hora de que el Croke ayude a otros niños.

–¡Pero yo lo necesito! –continuó diciendo Kenko.

–Verás, hoy se han cumplido todas las enseñanzas del Croke. Los animales te han salvado, porque cuando uno da amor a los demás, recibe también amor. No lo olvides. Los tres habéis evolucionado, habéis demostrado ser responsables, habéis aprendido a valorar y cuidar todo lo que os rodea. Ahora toca que otros niños aprendan lo mismos que vosotros.

–¿Y nunca más volveremos a verla? –añadió la niña con lágrimas en los ojos.

–¿Quién sabe? Yo a vosotros siempre os llevaré en mi corazón.

Después de varios abrazos de despedida, Kenko metió la mano en su mochila y sacó el Croke por última vez. Artemisa lo cogió con una amplia sonrisa y al instante desapareció.

Los tres amigos se quedaron un rato en silencio. Un pequeño vacío se había instalado en su corazón, sin embargo, comprendieron que ahora debían ayudar a los demás a entender todo lo que el Croke les había enseñado. La verdadera aventura comenzaba ahora.





fundación
quirónsalud

 quirónsalud
La salud persona a persona